

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de

D. Miguel Sawa.**15 CENTIMOS NÚMERO**
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.**ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS.	Un trimestre.....	3 pesetas.
	» semestre.....	6 »
	» año.....	12 »
EXTRANJERO...	» año.....	15 »

EL MINISTRO DE LA GUERRA

Dicen que el ministro de la Guerra viene de Francia más belicoso que nunca. ¿Querrá hacer de nosotros una potencia militar, ahora que estamos sin armada? En otras naciones, si se gasta mucho en Guerra, no se gasta menos en instrucción y fomento de la agricultura y las artes. Son naciones ricas, de mucha mayor población que la nuestra, y disponen para todo de pingües recursos, sin que les sea necesario estrujar a los contribuyentes. Aquí, donde es deficientísima la instrucción, se deja correr los ríos al mar, sin que fecunden los campos, y carecen de valor muchos productos por falta de transportes; sería verdadera locura empeñarnos en aumentar ni aun en sostener los gastos militares.

Aun aumentándolos, ¿se conseguiría el fin propuesto? Para competir con Francia, con Inglaterra, con Alemania, con Rusia, con la misma Italia, deberíamos elevarlos a una cifra enorme, y quedaríamos siempre inferiores. En lo rivales que son y en lo recelosas que están las unas de las otras, multiplican esas naciones sin cesar sus fuerzas; nosotros, aunque a la guerra sacrificáramos los ingresos todos de la Hacienda, no podríamos llegar nunca ni a superarlas ni a igualarlas, atendiendo las fuerzas de que ya hoy disponen.

El ministro de la Guerra, lo hemos dicho repetidas veces, es un hombre sin talento. Desconoce por completo la situación del país, las causas que lo han traído a la presente decadencia, los medios de alejarlas y levantarlo. Lejos de alejarlas, les da vigor y fuerza. Favorece las preocupaciones religiosas, mira con menosprecio la enseñanza, no vacila en arrancar del trabajo a los hombres útiles para llevarlos inútilmente a las filas; no tiene sus ojos sino en el ejército. Ningún ministro más pródigo que él en recompensas: las reparte a granel, como si en todas partes hubiéramos salido vencedores. A par de todos los hombres de cortos alcances, se deja llevar siempre del espíritu de clase.

Desgracia grande es la nuestra, porque el presidente del Consejo es también de los que sueñan con que podemos ser una nación guerrera y reanudar las glorias de San Quintín y Lepanto. Con esas ilusiones, ¿cómo ha de pensar tampoco en reducir a la última expresión los gastos de Guerra ni aumentar los de Fomento?

Pues hemos perdido las colonias de la Oceanía y del mar de los Caribes, unas por la fuerza, otras por la cesión voluntaria, tengamos el valor de desprendernos de las que nos quedan en Río de Oro y el golfo de Guinea, y pongamos toda nuestra atención en la Península y sus islas adyacentes. Dedicuémonos a hacer de un pueblo semibárbaro un pueblo culto, fomentemos los ramos todos de la riqueza, estimulemos el amor al trabajo, matemós toda esperanza de enriquecernos y vivir por los caprichos de la suerte.

Que la nación puede ser invadida. Armémosla de modo que, ricos y pobres, casados y célibes, sacerdotes y legos, sin salir de su comarca, sin perder días de labor, sin hallarse privados de cambiar de domicilio y aun de patria, aprendan el ejercicio de las armas y constituyan reservas capaces de hacer frente a toda clase de enemigos. Contra una nación toda en armas no hay ejércitos ni armadas que basten a vencerla. Escasas fuerzas permanentes y reservas bien organizadas,

esto es lo que debemos procurar en defensa de España. Lo demás es superfluo y ruinoso.

F. PI Y MARGALL.

LA OLA NEGRA

No podemos sustraernos a la idea de que vamos derechos a una reacción desatentada. Por más que intentamos tranquilizar nuestro espíritu, pensando que sería una cosa monstruosa un paso atrás en el corto camino avanzado hacia el progreso; por más que tratamos de desvanecer nuestros propios temores ante la consideración de que semejante hecho vendría a destruir todas las leyes que rigen el movimiento social, no podemos lograrlo.

Pueden más los acontecimientos que se desarrollan a nuestra vista, que cuantos argumentos invente nuestro inquieto espíritu; pueden más los síntomas, cada día más determinados, más precisos de este avance de la reacción, que todos los razonamientos que nos sugiere nuestro amor al humano progreso.

Y no es eso lo peor, con ser tan malo. Lo peor es que en este aboliminto de las energías, en este desvanecimiento de los caracteres, en este estado de postración de nuestro pueblo, anémico en fuerza de perder su sangre y de gastar en estériles empeños sus merinadas fuerzas, apenas se vislumbra la posibilidad de que pueda hallar en su propia flaqueza las energías necesarias para detener en su camino esa ola negra y pavorosa de la reacción jesuítica.

Y vendrá, vendrá la reacción si el pueblo español no lo evita. Avanzará la ola negra, y nos envolverá y arrastrará al abismo de que nos había sacado una revolución gloriosa, si el pueblo español no sacude su enervamiento, y busca, en su misma vergüenza, energías bastantes para reproducir los hechos que le permitieron derribar al neopapalismo imperante en las altas esferas del poder.

¿Lo hará? Nosotros confiamos que sí; pero pronto hemos de verlo. Al paso que van las cosas, no se hará esperar mucho el momento en que haya que librar la gran batalla o renunciar al nombre y a las ventajas de los pueblos libres.

DE ACTUALIDAD

FRAILE Ó TORERO

(EPÍSTOLA INMORAL)

Mi apreciable Julián: He recibido tu epístola consulta hace un momento, y voy a contestarla de corrido.

Me complace ante todo ese contento que rebosa en tu carta, y me complace que tu chico dé muestras de talento.

Eso es cosa que siempre satisface al paternal amor, y se comprende lo feliz, lo dichoso que te hace.

Pero, amigo del alma, me sorprende que pidas un consejo a mi experiencia preguntándome así: «¿Qué ruta emprende?»

«Desde luego, tal vez, la de la ciencia, ó prefieres, acaso, la del arte?»
«Contéstame en seguida y en conciencia.»

LOS DOS BANDOS

Pronto las imperiosas vacaciones de Estío acabarán, y así el Gobierno y las instituciones a Madrid volverán.

Otra vez a la lucha y a la intriga y a no poder dormir, y al incesante afán y a la fatiga y al miedo al porvenir!

Ahora el problema que con más premura habrá que resolver, es ese de la crisis ó conjura que existe en el Poder.

Unos ministros, algo liberales, hacen oposición a los otros que, siendo clericales, aman la Inquisición.

Paco Silvela, Villaverde y Dato, que unidos están, contra los otros cuatro sin recato conspiran con afán.

¿Llegarán esos tres la serenata del triunfo a conseguir?
(Se me figura que por la culata les va el tiro a salir!)

Y gracias que muy caro no les cueste su pojo liberal...
(Los vientos que dominan son de peste y todo huele mal!)

¿En estos tiempos a la nea tropa arrojar del Poder?
Mientras haya bubones en el mundo ¡eso no puede ser!

Pues en conciencia voy a contestarte. Los tiempos son, cual ves, conservadores, conservadores ¡ay!, y en cualquier parte

son tenidos, Julián, por los peores para medrar el sabio verdadero, pues es cuando se encumbran los errores.

De dos carreras sé, yo las prefiero, por ser hoy las que privan sobre todo: aludo a las de fraile y de torero.

De cultivar las otras no hallo modo; aún de la tradición somos vasallos, y yo a las tradiciones me acomodo.

Torero y fraile son, según mis fallos, las carreras mejor remuneradas, a no ser las carreras de caballos.

Hoy las ciencias perecen asfixiadas; su dirección más propia es al presente la Dirección de Rentas Estancadas.

¿En qué se ha de instruir tu adulescente recibiendo en el aula las lecciones de un Ruiz de Salazar ó de un Lafuente?

¡Oh, Lafuente y Condon! Cien mil perdones si profano tu nombre esclarecido, popular en triduos y sermones.

¡Perdóname otra vez! tu alumno he sido, y aunque tú me explicaste Disciplina es el caso que nunca la he tenido.

Continúa, Julián: cuando se inclina en una dirección un pueblo entero, aquel que no le sigue, desatina.

¿Cuál es aquí el problema? Hacer dinero, ó pasarse sin él, orondo y sano. Pues no hay más que ser fraile ó ser torero.

El que estudia en España, estudia en vano. Y muchos medran sin saber prolijo, sin aprender siquiera castellano.

Pero aquí lo importante es que tu hijo pueda, si tiene corazón y maña, medirse con *Frasquito* y *Lagartijo*.

¡Gran cosa es ser torero en nuestra España! No hay gloria que a la suya se aproxime, y ningún esplendor el suyo empañe.

De gabelas é impuestos se le exime, y de cualquier deslíz que la ley pena con un buen descabello se redime.

Pisa resuelto la menuda arena, y en el palco, en la grada, en el tendido, el aplauso al aplauso se encadena.

Brilla el oro ó la plata en su vestido, y jugando la luz en sus caireles, se mira el sol en ellos encendido.

¡Y mil bellas allí de los vergeles de toda España, de matiz distinto, envidia de azucenas y claveles!

La locura domina aquel recinto cuando arroja la fiera por el suelo al corcel que le deja en sangre tinto.

¿A quién es ese aplauso? Es a *Frasquito* que en un *quite* su vida compromete. ¡Aquí la bulla, el popular anhelo!

Ni el mismo que preside el Gabinete eclipsa al matador en tal instante, ni los sabios de Grecia, y eran siete.

El público se muestra delirante, aunque ofendan sus gritos al decoro, dejándose a la entrada lo galante.

¿Pica en regla un jinete? Pues sonoro el aplauso resuena, y hay hermosas que toman varas a la vez que el toro.

Piropos y miradas envidiosas... ¿Quién no se sale allí de sus casillas, presenciando y oyendo tales cosas?

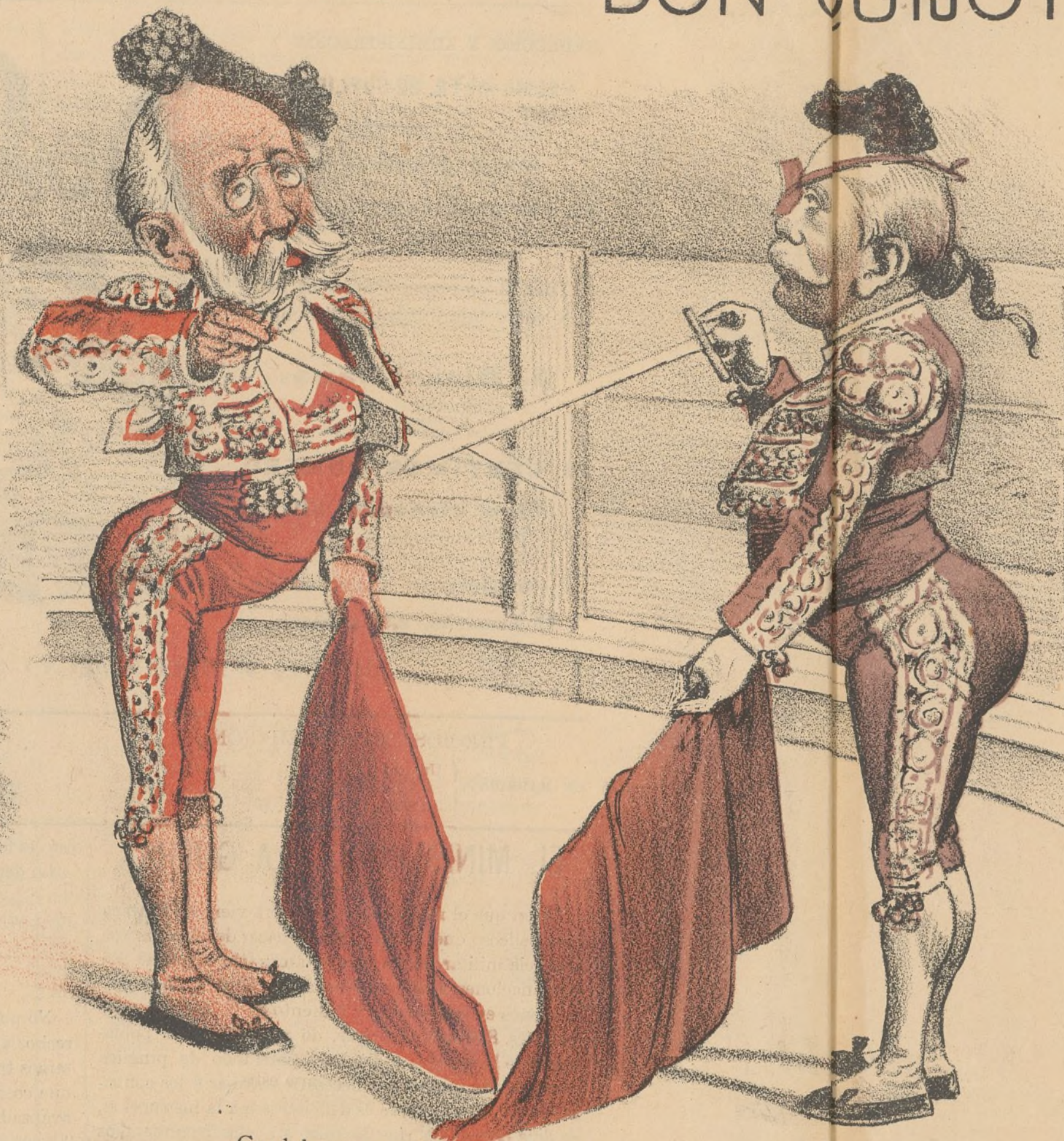
Hubo quien al clavar sus banderillas (aunque éstas tal vez son lo que se llama no ya murmuraciones, sino habillitas).



DON QUIJOTE



¡Otra vez embarazado!



Cordobeses y sevillanos ó corrida en competencia.



El gran agradador de todos los Segismundos.



Toda la labor de Silvela.



EL NUEVO CATACLISMO
—¡Que me sublevo!



Catolicismo... y armas al hombro



Reorganizando la marina.



—¡Taday, portugués!

Clavó las dos, cuadrando; pero es fama, que á la par que la fiera en el morrillo las sintió en otra parte alguna dama.

Me dirás, con razón, que no es sencillo matar toros del Duque, de Miura, de Salas, de Barbero y del Saltillo.

Pero ¿no hay que emplear mayor bravura, mayor agilidad, mayor destreza, con ciertos editores de alma dura?

Cuando dicen que no con aspereza, ¿quién les arranca un sí, quién es el majo que consigue arreglarles la cabeza?

Preferible es un toro, aunque marrajo, de aquellos de intención ultramontana que dicen cuando mugen: «¿á quién rajo?»

Volvamos al torero. Lo que gana anualmente la inmensa mayoría, él lo tiene de renta á la semana.

Los más altos le muestran simpatía, y luce en el chaleco y la pechera de Marzo ó Peñalver la joyería.

A ver si hay en España otra carrera que dé para estas gangas: no hay ninguna, pues ni da para tanto una cartera.

Así, pues, buen Julián, si el chico aduna la destreza al valor, hazle torero; le va en lo que consiga, la fortuna.

Ahora bien; si es tranquilo, marrullero, perezoso, egoísta, glotón, blando, para fraile mejor le considero.

Vivir sin pena, y propiamente hablando, pasar la vida á tragos, comer fuerte, rezar á media voz de cuando en cuando,

y tendido esperar que le despierte el esquillon que llama al refectorio; tal es del fraile la envidiada suerte.

Para él lo mejor, como es notorio, de comer y beber, mientras aspira al cielo, sin pasar el purgatorio.

Y en tanto que el obrero no respira, sin dar paz á su cuerpo ni un segundo, ocioso el fraile por los claustros gira;

y cuando no, filósofo profundo, se duerme en blando lecho dulcemente pensando en las miserias de este mundo.

Si pudiera escribirse libremente, ¿qué de cosas de frailes te contara! pero hay, hijo, un fiscal... ¡pluma, detente!

¿Decías que en conciencia contestara tu consulta? Ya está; cumplí contigo, no te llevo honorarios; dí que es cara.

Ya sabes el consejo del amigo; que no le echés á broma es lo que quiero y que cumplas, siguiéndole, conmigo.

Ahora deja á tu chico placentero correr de flor en flor, de baile en baile; pero sea después fraile ó torero; sí, querido Julián, torero ó fraile.

E. SEGOVIA ROCABERTI.

DOÑA BERTA

Doña Berta es una mujer pequeña, nerviosa, mansa en apariencia, pero con un colorcillo entre verdoso y amarillento, que delata la preponderancia de la bilis en su organismo.

Iba para monja, y todavía en su manera de vestir se nota el encogimiento de la novicia que, acostumbrada á los hábitos, se le vuelan los trajes y las galas suntuosas con que se adornaba. Pero le proporcionaron el casamiento con un rey *in partibus*, buen mozo, aunque algo averiado por las heridas de las batallas de Venus, y, ¡adiós, vocación religiosa! Ella se sintió Rohan, y, ansiando ser reina, aceptó, á cambio de sus millones y de las muchas herencias que todavía tiene al caer la mano, y algo más que no aceptaría ninguna señorita de sangre plebeya, y en donde han dejado crueles señales de posesión las *cocottes* parisienses, las bailarinas húngaras y las rubias artificiales que antes asomaban sus ajados rostros á las ventanas de los caserones venecianos, esperando la llegada de la góndola de Loredán, con su corona en la popa y sus cintas rojas y amarillas en el sombrero de los gondoleros, ridícula demostración de las pretensiones del pretendiente.

Basta ver á la pareja paseando por las tardes bajo las marmóreas arcadas de la plaza de San Marcos, para adivinar lo que es este matrimonio de cesantes regios, con su eterno memorial en el bolsillo, pidiendo la corona de España.

El, enorme, cargado de espaldas, con la barba tan cana, que ya es casi blanca; andando con pesadez, como si sus delgadas piernas y la médula se resistieran á cada paso, recordándole toda una vida de afrosidiascos estremecimientos; con cierto aspecto de cansancio, y mirando á todos lados con los ojos turbios del que se aburre, como lamentando su pérdida independencia de viudo, que le libertaba de tener que ir á todas partes siempre con la misma mujer pendiente del brazo.

Ella, pequeña, insignificante, tanto, que, con su cabeza, no le llegaba al hombro; cautelosa al andar, como recogida en sí misma, pero aferrada al brazo de su hombre con fuerza y fijando en él unos ojillos verdosos y fríos que tienen reflejos de acero empavonado, y en los que se delata una voluntad absoluta é imperiosa, con la cual no hay más solución que la protesta y el rompimiento ó la sumisión del Juan Lanás.

Inmediatamente se adivina que aquella monjita es la que tiene las llaves de la despensa; la que sabe imponerse en su calidad de ama del dinero; la que, no pudiendo resistir influencias extrañas ni resistencias del cariño filial, ha ido poco á poco quitando de en medio á todos los hijos de su marido.

Ni sabe cómo es España, ni tal vez dónde está; pero

se casó con la esperanza de ser reina de ese país de moros, y esto basta.

Para prepararse á lucir en el palacio de Oriente, aprende el castellano tomando como maestro á su marido, que lo hablaba como uno de esos comisionistas franceses que vienen por aquí, y el español que pasea por la plaza de San Marcos vuelve la cabeza con sorpresa y rie al fijarse en el matrimonio pronunciando las *erres* y las *jotas* con tantos visajes y esfuerzos como si estuvieran tragando una suela de zapato.

Ella, que no conoce nuestro país, cree que aquí todos la estamos esperando con los brazos abiertos. Se extasia en el salón donde su marido, echándolas de artista, ha organizado un museo... ¿de cuadros? ¿de estatuas? no; un museo de choza salvaje, con las armas de sus cabezillas más faucosos, tintas aún en la sangre de los soldados españoles.

Los que forman su servidumbre, sus chambelanes de opereta, las comisiones que llegan de España, los próceres del partido, se lo pintan todo de color de rosa, y sueña con ser una amazona del carlismo, como su cuñada doña Blanca; ansia la guerra, y para demostrar que no jugará mal papel en el palacio de Madrid, hace un derroche de trajes ante los correligionarios que la visitan en Venecia, alaba las quintillas que escribe Cerralbo, llega, en el colmo de la amabilidad, á reconocer la hermosura de Mella, y para halagar al insignificante Peyrolón, asegura que se parece á San José.

Todo esto resulta sencillamente ridículo.

Esa pobre señora, que, siguiendo las tradiciones de su familia, tiene hambre de corona, no es culpable de haber caído en un grupo de visionarios que creen seguro el triunfo y excitan su ambición, para que se lance á una aventura de la que volverán todos al casuchón veneciano con las manos en las costillas y algunos millones menos.

Esa doña Berta no es más que una ambiciosa de novela, una reproducción de aquella reina de Iliria, tan admirablemente descrita por Alfonso Daudet en *Los reyes en el destierro*.

Pero, lo que avergüenza, es haber nacido en una nación donde existen miles de imbéciles dispuestos á que les rompan la crisma en defensa, no de principios desacreditados que desconocen, sino de un inválido del amor y de una monjita nerviosilla que quiere ser reina, aunque para ello tenga que devastar un país que no conoce y considera como suyo.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

LA BOHEMIA

NARCISO SERRA

Se oía el murmullo monótono y pesado de dos voces unidas para la recitación maquina del rezo.

—«Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Nos detuvimos en la puerta, sin atrevernos á entrar. Terminada la oración se hizo un momento el silencio, y luego se oyó una voz doliente de hombre que decía:

—¡No, mamá; los versitos, no, los versitos, no! Y ya no se escuchó más que una voz sola, la voz de una mujer, que declamaba con énfasis desagradable:

«El mar sosiega sus iras;
redímense encarcelados;
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.»

Entramos. Hundido en un sillón de gutapercha, arrebujadas las piernas en una manta, cubierta la cabeza con una gorra de pieles, la cara malhumorada, se hallaba Narciso Serra.

Se vio en él la intención de querer levantarse para saludarnos.

—Señores...—hablaba pausadamente, tartamudeando—vienen ustedes á muy buena hora... Estaba terminando mis oraciones. Sólo que me resisto siempre á recitar esos malditos versos... Digo, perdón, mamá; malditos, no; esos...—buscaba la palabra sin encontrarla—esos... extraños versos, dedicados al gloriosísimo San Antonio.

Y miró á su madre sonriéndose, satisfecho de los adjetivos empleados: el uno, para calificar la oración rimada; el otro, para calificar al santo.

No, no hago nada—contestó á una pregunta nuestra.—¿Para qué? Tengo tres comedias inéditas que no me representan, que no me quieren representar... El público se ha olvidado por completo de mí. Me cree muerto... ¡Y luego, esos cómicos!... ¡Cerrar las puertas del teatro á un hombre que ha estrenado con éxito más de cincuenta obras! Acaso crean que la parálisis me ha llegado hasta el cerebro... No; yo no soy ya nada, ni nadie... Mi *Don Tomás*, mi *Calle de la Montera*, mi *Loco de la bohardilla*, todas mis obras olvidadas... Ya lo he dicho en unos versos que se leyeron noches pasadas en el Español, en función dedicada á conmemorar el natalicio de Romea:

«Julián, castígueme Dios
si lo que digo no es cierto:
tú muerto, y yo casi muerto,
estamos muertos los dos.
Parece que unida á ti
mi esencia contigo va;
desde que te has muerto, ya
nadie se acuerda de mí.»

Dijo estos últimos versos casi sin voz, sofocado por los sollozos.

—«¡Nadie se acuerda de mí!»—repitió.

Después, algo más tranquilo, nos hizo historia—historia encantadora narrada por tal hombre!—de toda su vida; nos habló de sus hazañas militares, de sus triunfos amorosos, de sus éxitos en el teatro...

—Pero todo eso acabó; hace quince años, día por día, que vivo postrado en este sillón, sin poder moverme... ¡Quince años! No tengo otra distracción que la lectura, que la lectura y el rezo—rectificó mirando á su madre.—Florentino Sanz me ha traído días pasados

las obras de Heine, y no sé en cuál de ellas he recogido esta tremenda frase: «La vida no es más que un punto donde el hombre espera el amor, la gloria y la fortuna. La única que acude á la cita es la muerte.» ¡Dios mío, cuándo vendrá á mí, piadosa!

Calló el poeta. Lloraba sin lágrimas, como se llora cuando se ha llegado á adquirir la práctica del dolor.

Dieron las diez. Nos levantamos, apesadumbrados, para marcharnos.

—Esperen ustedes... Voy á leerles los últimos versos que he escrito, los últimos quizás que escriba en la vida...

Y leyó en voz muy baja, de modo que no pudiera oírle su madre:

«Pobre de mí que me quejo
y mis quejas lleva el aire,
y ni las siente ninguno
ni me las escucha nadie,
ni nadie me las responde
ni con nadie se comparten,
y con mis pesares vivo
y vivo de mis pesares;
todo á mi redor tristeza,
todo mi presente afanes,
oigo sólo el susurrado
rezo de mi pobre madre.
¡Santa mujer! Ella reza
y encuentra alivio á sus males,
y yo la escucho y la veo
admirando su fe grande.
De cuando en cuando su ruido
el mundo á mi cuarto trae,
sin que á su bullicio pueda
por desventura mezclarme;
y aún soy joven, y aún conservo
enteras mis facultades.
¡Oh! Pero más todavía
lo era quince años antes,
y hace ya quince años
que me cogió la parálisis.
Esto es horrible, Dios mío,
¡vivir sin vivir! Acaben
de una vez tantos tormentos,
aunque con mi vida pasen;
si es expiación, me parece
que ya he expiado bastante;
si prueba, bastante ha sido;
si justicia... ¡Oh, Dios, apiádate
de mi existencia infeliz:
mátame, Señor, mátame!»

Lleno de tristeza le besé la mano como despedida.
¡Oh, Dios, aprieta con una fuerza!...

MIGUEL SAWA.

LANZADAS

—Alabado y reverenciado sea el Santísimo Nombre del Señor. *Oremus*.

—¿Qué es eso, Sancho, estás en peligro de muerte cuando tales votos haces y á tales extremos de oración y penitencia te entregas?

—No, mi amo y señor; sino que he abierto los ojos á la luz de la razón, gracias á mis hermanos en fe, los distinguidos neos señores Polo y Brañas, y ya no pienso más sino en combatir el liberalismo y en la ternera con patatas. *Yo reinaré*, mi señor Don Quijote, yo reinaré, y antes de lo que muchos se figuran.

—Calla, Sancho, y no digas más disparates, que la paciencia se me acaba y no puedo escucharte en calma. ¿Es posible que á fines de este siglo, llamado de las luces, haya insensatos que pretendan retrotraernos á la época del absolutismo y de la Inquisición? ¡Hase visto jamás mayor locura!

—Pero venga acá, señor, y reflexione y verá cómo tenemos razón los adheridos al Congreso Católico. ¿Qué más da Nosedal que Silvela? Y Durán y Bas y Polo, ¿no son troncos de una misma rama? ¿Es que Polavieja no podría formar parte de un Ministerio que presidiera el padre Sanz? Desengáñese vuesa merced, aquí todos somos unos, y tratándose de comer, todos tenemos apetito.

—¡Declarar al liberalismo pecado, olvidando las doctrinas socialistas del Hijo de Dios!

—¡Vaya en gracia de lo que se escandaliza vuesa merced! ¡El liberalismo! ¿Pero acaso hemos disfrutado de él alguna vez en España? ¿En qué se diferencia el obispo de Sevilla del Sr. Sagasta? En que el uno usa mitra y el otro morrión. Pero en el fondo, créame vuesa merced que todos somos iguales. ¡Demócratas por fuera y reaccionarios por dentro! Este es el país de *vivan las caenas*, adorador de Fernando VII, creyente del padre Claret ayer, y hoy del padre Montaña. Este es el país de los Congresos católicos y de las placas del Corazón de Jesús; el país que disfrutaban en feudo todos los jesuitas, curas y frailes de la cristiandad; el país de pan y toros; el país de Polavieja y Guerrita... ¡Liberalismo! Sí, échale guindas á la tarasca. ¡Palos y más palos, y viva la Inquisición! Brañas y Peyrolón: éstos son los dos hombres del siglo. *Yo reinaré*, señor de mi alma, yo reinaré.

Don Quijote bajó la cabeza desesperado, y como respuesta á las palabras de Sancho se le oyó blasfemar en voz baja.

BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

EN PRENSA

EL PADRE MONTAÑA

Precio: 20 céntimos.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo. Apodaca 18